

Ruth María González Fuertes

EL OXIMORÓN DE LA BELLEZA

Siempre he identificado al Destino con el “delirium tremens” más intenso en la vida de toda persona. La razón de tal fusión la encuentro al partir de una negación del tiempo como espectro decúbico dividido en tres (pasado, presente, futuro); tomando frente a esta creencia aquella que lo propone como una nebulosa, masa incorpórea de acontecimientos, enumeración caótica que en algún momento pueda considerarse diseminativo-recolectiva. Es decir, destaco lo cuantitativo y no la direccionalidad.

Ahora bien, ese delirio “sobrenatural, inevitable e ineludible”, concede breves treguas de sobria libertad, donde las ratas más vulgares farfullan no sé qué de descubrirse a sí mismas. Personalmente, esa putrefacta misticidad que emana de las alcantarillas nunca ha agradado a mi sentido olfativo. Quiero decir: aprovechemos este momento que nos regala el fluctuante universo; pisemos con tiento la jornada sideral que se perdía en las barbas nevadas de aquel anciano; acariciemos la brisa violácea que baña la estepa.

Al menos, y sólo de este modo, perdiéndome tras las puertas de la percepción mientras las sirenas silbaban el secreto de la luna, descubrí yo aquello que posteriormente denominaría como “el oxímoron de la belleza”.

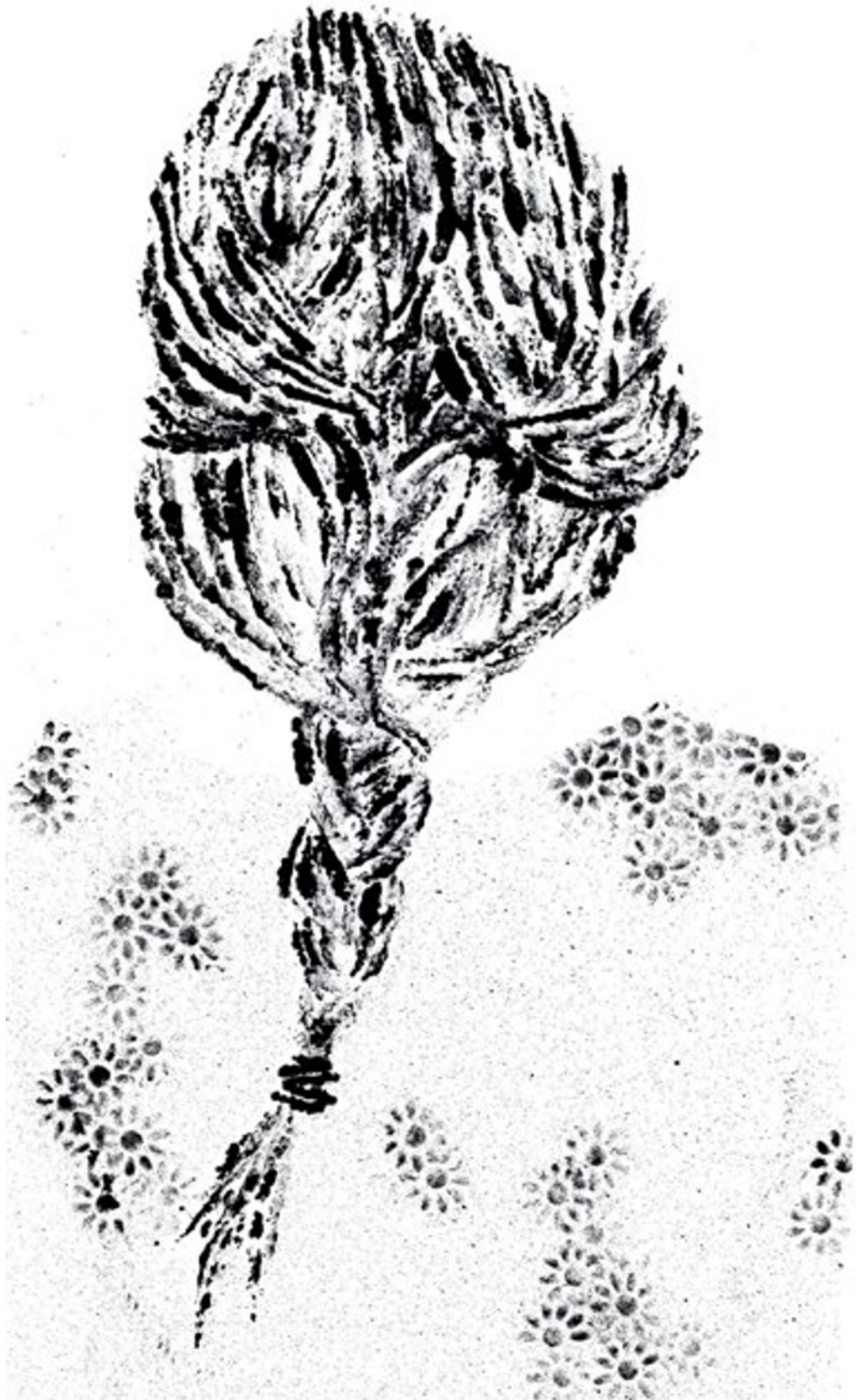
Recuerdo un cielo monocromo que me clavaba la mirada y risas locas que acompañaban a mis piernas temblorosas en la travesía por aquella enorme azotea. En un principio, supuse que era lo mismo que de costumbre: una manada de “derrotaduchos” lobos con tendencia a exhalar la madrugada acompañados de ron. Pero más tarde, cuando realmente sentí el vértigo, comprendí que ni siquiera la mescalina me podría haber hecho “ser” aquello nunca.

Alguna que otra vez, apoyado mi cuerpo sobre la baranda que nos separa del infinito Vacío, había conseguido desprenderme por unos instantes; situarme frente a esa ecléctica estructura llamada cuerpo. No sabría decir con exactitud cuánto tiempo logré fluir sin mi máscara en esta ocasión; mi consciente sólo corrió entre las filas del tiempo. Le acompañaba el silencio, algo más allá del puro silencio que acompaña al silencio: una expansiva onda ultravioleta que me abrasaba por dentro. Y pudiendo centrar de nuevo la vista en el vórtice toroidal que conforma el horizonte, el cual se había dispersado en cientos de dimensiones antagónicas como una disociación de la rosa del desierto, vibraron todas las luces.

Me gustaría poder describirlas como inofensivos borrones de colores, viscerales palpitations en sí mismas. En vez de eso, la memoria trae a mí el aroma que desprende la tierra mojada tras la tormenta, el sabor del fuego que no puedo olvidar, que no quiero amar. Ha empezado la batalla y ningún escudo está parapetando las obtusas estructuras que una fuerza invisible lanza contra mí. Así que... ¿por qué esperar? La cobardía será mi compañera en el último viaje. Descubrirá las ideas de Platón y será las cenizas del inmortal Fénix.

Estallido áureo en voluptuoso vuelo, plenitud cósmica abrazando cúbicas ágatas omnubiladas por un deseo intrínseco imperial; intensos lapislázulis que recrean la lluvia de pueriles jardines versallescos; delicados rubíes coagulados; intrigantes diamantes danzando al son de la Bestia...

Yo sólo soy un sultán del silencio que apretando los dientes se deshace lentamente.



» Sin título / Ilustración de Andrea Mariz (técnica: transferencia)